

según las opiniones dominantes del día—apenas podría encontrarse un solo hombre que no comprendiese por la palabra *humanidad* otra cosa que un exterior noble.

Un maestro que conoce á fondo esta cuestión, nos dice expresamente esto del antiguo mundo, ⁽¹⁾ y nosotros mismos nos hemos convencido de ello á menudo. Es por lo menos dudoso saber si el mundo nuevo, cansado del Cristianismo, se elevará, bajo este concepto, á una manera de ver más elevada. Porque cuando el mismo Herder no titubea en decir que el progreso inaudito realizado desde la armadía hasta el acorazado; que la principal comodidad de las ciudades y de las viviendas, como de las cavernas de otras veces; que la vida más agradable con los dones de Ceres, como con la carne humana y las bellotas; que la imprenta, como el arte de afilar cuchillos, así como otras cosas semejantes, son el resumen de la inteligencia y del arte, los cuales, asociándose á la justicia, constituyen la humanidad, ⁽²⁾ se ve fácilmente lo que se puede esperar de la leña seca.

En verdad que podrían encontrarse millares de panegiristas de los progresos de nuestra civilización actual, los cuales conciben la palabra humanidad, que tienen siempre en la boca, de un modo mucho más externo y material que los mismos antiguos. Por ejemplo, el principio de que nuestras grandes ciudades modernas son el centro de la civilización de la humanidad, de tal modo es cierto para la mayoría de los hombres, que sería peligroso levantar los hombros al oírlos afirmar con tanta seguridad. Pero si les preguntamos el porqué, nos responderán que porque todos los medios de instrucción se encuentran en ellas reunidos; las colecciones de toda especie, los teatros, los conciertos, etc.

He aquí expresada de una manera evidente la prueba de que teníamos necesidad. ¡Habremos de censurarnos á

(1) Lactant., *Instit.*, 3, 9.

(2) Herder, *Ideen*, 15, 3, 4; 4, 3 (S. W. *Zur Gesch. und Philos.*, 1827, VI, 306, 319 y sig.).

nosotros mismos, si nos pronunciamos contra esa manera de ver de unos hombres que no saben siquiera distinguir entre la apariencia y la realidad en la cuestión referente á saber lo que es la verdadera humanidad? Todas las experiencias de los tiempos, así antiguos como modernos, confirman unánimemente que la vida de esas ciudades que se han engrandecido con exceso, que esos hogares de la decadencia intelectual, ⁽¹⁾ son la muerte de la humanidad. Sin duda que se encuentran en ellas profusamente los medios externos de instrucción y cierto oropel aparente, pero cuanto más grandes son aquéllos, más evidente es que no ofrecen la verdadera humanidad.

El hombre de Estado más poderoso de nuestros días ha llamado á nuestras gigantescas ciudades *cloacas* del país. Sin duda no sabía que los romanos se habían servido de la misma expresión. ⁽²⁾ Las experiencias que un espíritu profundo ha hecho sobre este particular son constantemente las mismas. ⁽³⁾ Esos centros desmesuradamente grandes de la vida política y social, que, con la médula del país, absorben también todos los gérmenes de las enfermedades, ⁽⁴⁾ contienen tres males tan obstinados como ocultos, males que ningún poder externo ni perspicacia alguna de la policía podrán hacer desaparecer, porque son internos por su naturaleza. Se encuentra primeramente una grosería tal en las clases bajas del pueblo, que no es posible hallarla, ni aun parecida, en el más mísero cortijo. En

(1) V. Masaryk, *Der Selbstmord*, 111.

(2) Sallust., *Catil.*, 37. Cicero, *Attic.*, 1, 19. *Catil.*, 2, 4: Sentina urbis. *Catil.*, 1, 5: Sentina reipublicae. Lucan., 7, 405: Romam mundi faece repletam. Cf. Aristot., *Polit.*, 7, 4. Thom. Aq. *Regim. princ.*, 2, 3.

(3) Cf., p. ej., sobre Alexand., á Polyb., 34, 14, 3 y sig.; Stahr, *Kleopatra*, 26 y sig.; Friedländer, *Sittengesch. Roms*, (1) II, 74 y sig.; sobre Corinto, Strabo, 8, 6, 20; sobre Comana, *ibid.*, 12, 3, 36; sobre Atenas, Andocides, *De myster.*, 149; Isocrates, *De pace*, 44; Areopagit., 83. Plato, *Gorg.*, 44, p. 489. C. (*στυγερὸς*); sobre la antigua Roma, Champagny, *Les Césars*, (5) IV, 6 y sig. Friedländer, I, 17 y sig. Dante, *Inf.* 16, 67 y sig. En este sentido, Napoleón I llamaba á los parisienses *los primeros galopines del mundo*.

(4) Sallust., *Catil.*, 37. Tacitus, *Ann.*, 15, 44. Cf. Roscher, *Volkswirtschaft*, III, (1) 41. Muy curiosa es sobre este punto la visión de Catalina Emmerich, en Schmager, *Emmerich*, (2) II, 135 y sig.

segundo lugar, reina en todas las clases sociales una sed insaciable de goces y una sensualidad tan baja y refinada, que corrompen el cuerpo y el alma, y diezman la población de un modo tan terrible, que produce un estado de oscilación difícil de calcular. Finalmente, el mal principal, que es la muerte de la verdadera civilización, y, por consiguiente, también de la humanidad, consiste en el imperio de la apariencia y de la mentira, de la agudeza de ingenio y de la falsa conducta, que rebaja á este ser, exteriormente distinguido, hasta el punto de hacer de él una máscara, y corrompe el corazón hasta sumergirlo en la consciencia é incorregible hipocresía. ⁽¹⁾

Esto no es más que un ejemplo, pero basta para demostrar que, ordinariamente, las palabras orden, civilización y humanidad son comprendidas de una manera superficial por los hombres, y que pocas esperanzas hay de que la verdadera humanidad llegue jamás á reinar, mientras dé el tono semejante tendencia.

Mas así sucede en casi todas partes. ¿Cómo juzgar á los maestros del pueblo, que no se cansan de recomendar el teatro como la escuela propiamente dicha de la formación de la vida, y á las autoridades escolares, que, con este objeto, organizan representaciones expresas para sus queridos niños? ¿Qué pensar de los reformadores de la religión, que predicán, con Strauss, que la música será la religión del porvenir, y quieren hacer creer al mundo que la humanidad será un hecho, cuando se hayan transformado los templos en teátros? Sin duda, admitimos que de esto puede resultar una humanidad de nihilistas, una civilización de dinamita ó de máquinas infernales, y una civilización de la carne, y aun que puede florecer esta civilización hasta el punto de que sus apóstoles tengan quizás que aprender á santiguarse ante ella; pero ¿es esto acaso humanidad?

Todo el mundo sabe que, á la manía del teatro, de las

(1) Cf. Hellwald, *Die Erde und ihre Völker*, II, 226 y sig. Bodichon, *De l'humanité*, I, 206 y sig. Riehl, *Land und Leute*, (2) 91 y sig. Wichern, *Die innere Mission*, (2) 118 y sig., 151.

artes y de la música, se une á menudo una inhumanidad rebuscada, así como una grosería y una crueldad enteramente irracionales. ¿Quién se extrañará de esto, conociendo al hombre? ¿De qué modo semejante educación, que consiste en la cultura de un aspecto exclusivo del hombre, la sensualidad y la imaginación, y que tiene además como consecuencia inevitable el trastorno en la vida nerviosa, puede manifestarse de otra manera sino por una destrucción completa de la inteligencia, de la vida y del corazón? Los autores están acordes en decir que Nerón tenía propensión al bien por temperamento, pero que lo que causó su desgracia y la del mundo fué que el teatro llegó á ser su templo y la música su religión. Desde el momento en que un hombre ó una sociedad adopta esta falsa idea como civilización y como medio de instrucción, la humanidad declina, como sucedió en Atenas y en Roma, por nobles y apacibles que sean las disposiciones naturales, y por grandes que aparezcan la erudición y los progresos científicos.

Periandro de Corinto era ciertamente un hombre de los más distinguidos en asuntos de instrucción; era el Mecenas de todos los poetas, ⁽¹⁾ el amigo de los filósofos, ⁽²⁾ y muchos le cuentan entre los siete sabios de Grecia. Pero esto no le impidió cometer atrocidades imposibles de contar.

El rey Alejandro de Pheres, tan propio para ser considerado como el protector de esta nueva moral y de esta nueva religión de teatro, era tan tierno por naturaleza, que dejaba su sitio cuando se representaban las *Trojanas* de Eurípides, por grato que le fuese este placer, pues la emoción le impedía dominar sus lágrimas. ⁽³⁾ Ahora bien, este mismo personaje ordenó enterrar á dos hombres vivos, é hizo coser á otros en pieles de animales y mandó

(1) Herodot., I, 24, 1.

(2) Plutarch., *Solon*, 4, 1. Diogenes Laert., I, 64, 73. Müllach, *Fragm. philos. Græc.*, I, 210.

(3) Plutarch., *Pelopid.*, 29, 4. Alexandri magni fortuna, 2, 1. Ælian., *Var.*, 14, 40.

que los arrojasen á sus perros. Este mismo, después de su comida, cuando la caza faltaba en su parque, mataba á sus súbditos para reemplazarla, y se alababa de no haber experimentado jamás sentimientos de piedad para con sus víctimas. ⁽¹⁾

La historia de numerosas épocas, en particular la de los moros en España, ⁽²⁾—recuérdese el califa Al Motadid Billah—y la de las cortes italianas ⁽³⁾ de la época del Renacimiento, nos proveen de ejemplos análogos de dureza inhumana, unida á una civilización de las más distinguidas, pero simplemente externa, sabia ó artificial.

Hoy día ocurre lo mismo, y el mal irá siempre en aumento, á medida que ese proyecto de una religión del porvenir vaya realizándose cada vez más.—¡Dios quiera preservarnos de ello!—Es el secreto á voces, el que los que más frecuentan los teatros y el que esas tiernas-almas que mojan siempre algunos pañuelos en las representaciones en que domina la emoción, son, en su casa y en sus asuntos, tiranos tan crueles para con sus subordinados, como los imitadores del amor de Buda para con los animales. Entre los que inducen con fría sangre diabólica al pobre pueblo engañado á levantar barricadas y á cometer atentados, hay también muchos no inferiores en modo alguno á los verdaderos sabios en materia de ciencia; y aun no falta quien afirma que entre ellos hay algunos que ocupan con esplendor cátedras universitarias.

En una palabra, esta civilización superficial externa no es, ni mucho menos, la humanidad.

Ningún hombre reflexivo negará que sea deseable y hasta cierto punto necesaria; nadie creerá que la falta de limpieza ó una conducta repugnante pueda ser signo distintivo de un alma elevada. Lo hemos dicho suficientemente, y lo repetiremos todavía con frecuencia; la forma-

(1) Pausanias, 6, 5, 2. Diodor., 15, 75, 1. Plutarch., *Pelopid.*, 28, 2; 29, 3.

(2) Schack, *Poesie und Kunst der Araber in Spanien und Sicilien*, I, 248 y sig.

(3) Koerting, *Gesch. der italienisch. Literat.*, I, 307. Voigt, *Die Wiederbelebung des classischen Alterthums*, (2) I, 450 y sig.

ción y la humanidad cristianas exigen también distinción en las maneras y en las formas, como también algo de artístico y modesto á la vez. Pero contra lo que debemos protestar en nombre de la humanidad es contra el prejuicio de que estas exterioridades constituyen lo principal.

6. La humanidad es la purificación moral por el trabajo interior realizado en sí, y por la disciplina externa.—No hay, pues, duda alguna posible; la humanidad debe ser cultivada en el interior del hombre, y es necesario buscarla en la verdadera formación del espíritu. En cuanto á saber de qué modo comprendemos este principio, nosotros todos los que tomamos á pechos la formación real y no la formación aparente ó falsa, ya lo hemos dicho suficientemente. Hemos visto que, si no se cuenta con la corrupción que nos es innata, nos veremos arrastrados á las más perniciosas consecuencias. Todos los hombres sin excepción se encuentran en un estado tal de decadencia, que, si bien es verdad que no entraña una destrucción completa, origina, por lo menos, suficiente oscuridad en las disposiciones intelectuales, para que la formación de la inteligencia pueda prosperar sin una seria dirección. Esto se aplica, en grado mucho mayor, á la voluntad, la cual, de tal modo se ve atacada por la corrupción, que no es posible formarla sin ejercer sobre ella un dominio serio y una purificación constante.

Lo mismo ocurre cuando examinamos las condiciones necesarias para la formación del carácter ó del «Gemüth». Luego la humanidad, que debe ser el resultado final de esta cuádruple formación, no puede jamás ser cultivada con éxito, si no se admite el primer principio de la fe cristiana, á saber, que el hombre no es como debe ser, y que no puede ser conducido á la pureza y á la perfección, sino por una lucha seria contra sí mismo y una severa disciplina. Para convencerse de esto, no hay más que echar una mirada á su propio interior.

Si después de haber trabajado durante diez años para extirpar del campo de su corazón las malas hierbas de

que estaba lleno, cree uno poder reposar, le bastarán algunos meses de descanso para dar de nuevo aire y vida en su interior á cosas de las cuales creía verse libre para siempre.

Por consiguiente, no tenemos objeción alguna que hacer contra el principio de que la humanidad no es otra cosa que lo que hace al hombre humano. Sólo que para que esto no pueda aplicarse falsamente, debemos admitir este otro principio, á saber: la humanidad, tal como se encuentra en nosotros mismos, no es pura; por consiguiente, hay que purificarla ante todo. Ahora bien, esto no puede hacerse, sino luchando contra nosotros mismos. Pero esta lucha no es empresa de sólo unos días; debe durar toda nuestra vida.

La humanidad, pues, no es el estado en el cual el hombre se encuentra ya por naturaleza, sino la perfección á la cual debe primeramente aspirar. Por consiguiente, practicar la humanidad, quiere decir manifestar respeto á la dignidad de la naturaleza humana, procurándole la perfección á la cual está destinada por Dios, su Criador y su fin. ⁽¹⁾ Ahora bien, nuestra naturaleza se compone de dos partes, el cuerpo y el alma. Así, pues, el ejercicio de la humanidad tiene una doble empresa que cumplir, una principal, y otra secundaria. La empresa principal consiste en la perfección del alma. La humanidad es, pues, ante todo la aspiración á la justicia, en toda la extensión de la palabra, á la verdad, al sincero servicio de Dios por medio de un corazón puro y franco. ⁽²⁾ Los cuidados del cuerpo y de los intereses temporales, que pueden dar á la vida física una distinción y comodidad más grandes, no vienen sino en segundo lugar, ⁽³⁾ pues lo que debemos al cuerpo es primeramente la salud, para que llegue á ser un instrumento del cual el espíritu pueda servirse. ⁽⁴⁾ De ello se de-

(1) Cf. Lactant., 3, 12.

(2) Lactant., 3, 9. Bernard., *De div. serm.*, 16, 2.

(3) Lactant., 6, 11.

(4) Bernard., *De div.*, s. 16, 2.

duce que, no solamente no llegará á ser lo dicho, si lo mimamos con excesiva condescendencia para con sus propias concupiscencias sensuales, sino que, antes bien, se convertirá, por este medio, en un grande obstáculo para el alma; por consiguiente, que no puede ser conducido á la verdadera humanidad, sino por una severa disciplina. ⁽¹⁾

Por el contrario, debemos más al alma: la pureza, la libertad, la semejanza con Dios.

7. La humanidad es el ennoblecimiento del espíritu.—De esto se sigue, que la cultura de la humanidad debe comenzar dentro de nosotros mismos. Aquí también pensamos casi siempre únicamente en nuestra conducta para con los demás. Pero todos debemos practicarla, aun cuando viviésemos solos sobre la tierra. El que no respeta en sí mismo la dignidad humana, tampoco la respetará en los demás. Por consiguiente, también aquí la primera condición es que cada cual aspire primeramente á su propia perfección. En nosotros mismos debemos aprender lo que debemos á los demás. Los esfuerzos, pues, para llegar á la propia perfección moral é intelectual son el motivo y la medida de la humanidad. Cada uno llega á ser humano, en toda la extensión de la palabra, en la medida en que aprecia seriamente la cosa en lo que á él le concierne. Sin humildad, sin caridad y sin espíritu de sacrificio, no hay humanidad. El más desinteresado es también siempre el más humano. Sólo los que aspiran á la virtud sin pensar en sí mismos, comprenden lo que es provechoso ó perjudicial á nuestra naturaleza. Sólo ellos conocen las debilidades humanas, y saben de qué faltas somos capaces, lo que causa al hombre pena ó alegría, dónde están los mayores peligros y dónde se encuentra su verdadera salvación.

De aquí que nuestros santos sean los primeros en favorecer á la humanidad, no solamente los que, en virtud de un encanto irresistible, han arrebatado como por asalto todos los corazones, un Ambrosio, un Bernardo, un Domingo, un Francisco de Asís, un Francisco de Sales, sino

(1) Bernard., *De div.*, 16, 2, 5,

también los mismos ermitaños del desierto y esos monjes de vida austera y retirada, en quien nadie puede pensar sin estremecerse: un Simeón Estilita, un Bruno, con toda su tropa de vivientes muertos. Muchos, sin duda, consideran la austeridad de su vida como una grosería, su abstinencia como una cosa contraria á la naturaleza, su mortificación de los deseos sensuales como una falta de libertad y una humillación; muchos llaman á sus luchas para conservar la castidad y la pureza una estupidez, y á esa vida suya, que se supone tan monótona y sombría, una vergüenza y una degradación de la humanidad. ⁽¹⁾ Querer defender la humanidad y sus héroes contra semejantes ideas, sería rebajarlos. Concedemos que gran número de nuestros santos fueron poco instruídos, que no comprendieron apenas lo que se llama arte, y que harían un papel ridículo en nuestra distinguida sociedad. Sin embargo, para aprender lo que es la humanidad, preferimos su escuela á la de los adalides de las esferas letradas de nuestras grandes ciudades.

Sí, sólo á ellos nos acercaremos. Ese ansioso cuidado de nuestros Santos en limitar la medida de sus necesidades; el silencio con el cual hacen sabia su lengua, dulces sus arrebatos, visible su espíritu; sus disciplinas, ayunos y mortificaciones, por medio de los cuales educan su alma para que llegue á ser libre y victoriosa, son para nosotros la prueba de que mejor podemos aprender en torno suyo la humanidad verdaderamente noble, que en todos nuestros centros de cultura, con sus templos de las artes y sus exposiciones, los cuales, con pretexto de instruir, pudren el corazón, cuando no lo matan, y hacen groseras sus costumbres. Que piensen de nuestros Santos lo que quieran; no se trata ahora de esto. Pero hay cuatro cosas que de ellos puede aprender el que tome á pechos la verdadera humanidad, cuatro artes difíciles, que muchos de los héroes de la humanidad quizás no sospechen que incumben á la misma. Estas cuatro cosas son: no decir todo aquello

(1) Renan, *Etudes d'histoire religieuse*, (3) 310 y sig.

que se piensa, no ver todo lo que se nos pone delante, no seguir el primer impulso, no hacer todo lo que pasa por la cabeza. Esto forma la sensibilidad para la modestia, el espíritu para el vuelo hacia Dios, la voluntad para la fuerza, el hombre completo para la libertad moral.

Que estas cuatro cosas son exigibles para la verdadera humanidad, no admite duda alguna; contra esto no permitiremos jamás la más mínima contradicción.

8. La humanidad es el respeto de la dignidad humana en todo, en el hombre, en las clases, en los pueblos.—El hombre no vive para sí solo. Lo que se debe primeramente á sí mismo, lo debe también á los demás en la medida de sus fuerzas. De aquí que aprenda en sí mismo la humanidad para practicarla después con los demás. Así como no nos perfeccionamos sin ningún socorro extraño, del mismo modo debemos obrar de suerte que la humanidad se perfeccione con nuestro concurso.

Los antiguos expresaron esto ya de una manera bastante extraña con el nombre de *derecho de naturaleza*, y los sabios más modernos, paganos ellos mismos, lo llaman de un modo tan bárbaro como contradictorio, *estado de naturaleza*, cuando todos se oponen á todos, como enemigos constantemente en pie de guerra. Seguíase de aquí naturalmente que sólo existían deberes para con los que formaban parte del mismo Estado y podían reivindicar un derecho. Sólo para ellos el poder público había abolido el derecho á una violencia arbitraria. Con relación á los demás, el derecho del más fuerte continuó existiendo después como antes. ⁽¹⁾ Con esto borrarón, de hecho, de la lista de aquéllos, como un bárbaro al cual no era debido ningún miramiento, á todo el que no hablaba su lengua y no seguía sus leyes. Por su parte, la ciencia moderna, con su enseñanza sobre el hombre de naturaleza y sobre los pueblos de naturaleza,—enseñanza que no tiene más fundamento en el campo de la historia que en el religioso,—con

(1) Schmidt, *Ueber den Unterschied zwischen röm. und germ. Rechte*, I 33, 34, 80. Mommsen, *Röm. Gesch.*, (6) I, 154.